

«El Gobierno Popular apela a la conciencia y sentido de clase de todos los trabajadores. Sus logros sociales, sus libertades políticas, sus organizaciones, su poder para desafiar a la fuerza del capitalismo nacional e imperialista y su capacidad para edificar la nueva sociedad son grandes instrumentos. La reacción nacional e internacional pueden destruirlos. Pretenden arrasar las conquistas de los trabajadores. Ante una amenaza tan real y presente, los trabajadores no permitirán que se les use. Sus reivindicaciones económicas no pueden ser utilizadas por la burguesía contra el Gobierno y el proceso revolucionario. La disciplina social y el esfuerzo consciente deben marcar la ruta del trabajo. Chile exige mayor producción, una mayor productividad.»

Pero ya nadie quería escuchar a Salvador Allende entre los servidores políticos de la oligarquía y el imperialismo. La orden había llegado desde Washington y, por mucho que Allende se esforzara por convencerlos, su destino estaba marcado: debía ser derrocado. Las palabras del diputado nacional (y miembro secreto de la organización fascista Patria y Libertad), Hermógenes Pérez de Arce, comentando el mensaje, fueron elocuentes: «Este mensaje sólo puede servir para convencernos de cuán necesario es para nuestro país deshacerse de esta generación de demagogos... Que el señor Allende deje de hablar... y dé paso en Chile... a quienes sepan gobernar.»

Nuevo paso adelante

En verdad el presidente Allende tenía razón para estar desesperado. La ofensiva reaccionaria pedida por los generales en contacto con el Pentágono estaba llegando a una violencia tremenda. El mes de mayo marcaba ya el segundo mes de una gravísima huelga de los trabajadores de El Teniente, mineral de cobre nacionalizado. La huelga había comenzado el 20 de abril y estaba siendo manejada por el grupo de Frei en estrecha alianza con la organización fascista Patria y Libertad.

De acuerdo a los cálculos correctos de los reaccionarios, la crisis económica debía provocar un gran aumento de las huelgas de trabajadores por mayores aumentos de sueldos y salarios, lo cual, una vez más, serviría para agudizar esa misma crisis económica, ya que el Gobierno Allende era incapaz de ensayar una salida de la crisis que echara sobre los hombros de la oligarquía

el peso de pagar las consecuencias vía mayores tributos a las ganancias de capital e incluso la renta personal. En este esquema, sobre todo a través de las organizaciones sindicales de la Democracia Cristiana, los propios dirigentes de la Sociedad de Fomento Fabril se encargaron de influir en las huelgas de los trabajadores.¹⁰

Un caso típico fue el de la huelga de El Teniente en la que se exigía un sobreaumentado de salarios del 41 %. A través de Guillermo Medina, dirigente máximo de los trabajadores en huelga, la Democracia Cristiana se apoderó del movimiento reivindicativo y transformó la lucha justa de esos obreros por mayores salarios en un arma contra el aparato de Gobierno de la Unidad Popular, para minarlo, cumpliendo con las instrucciones de los generales. El dirigente Guillermo Medina fue puesto en contacto con el periodista Manuel Fuentes Wedling, de la jefatura de la organización Patria y Libertad, y era este Fuentes el encargado de escribir los discursos de Medina, tanto en El Teniente como en Santiago (así se descubrió más tarde, después del abortado *putsch* del 29 de junio, que desarmó la jefatura de Patria y Libertad y permitió el allanamiento del domicilio de Fuentes, donde se encontraron los borradores de discursos dichos por Medina en abril y mayo).

La huelga duró más de dos meses y, durante mayo, fue transformada en el centro de un movimiento huelguístico general controlado por la Democracia Cristiana para acorralar al Gobierno. El 23 de mayo, unos veinticinco mil estudiantes pertenecientes a centros de alumnos de la Universidad de Chile controlados por el PDC paralizaron sus actividades en apoyo de los mineros de El Teniente. El mismo día, la Federación de Estudiantes Secundarios de Santiago, también en manos del PDC, hizo igual paralización de actividades. La situación se hizo más clara ese día, cuando en Rancagua, ciudad cercana a El Teniente, grupos de choque fascistas y del PDC asolaron la ciudad, transformando una manifestación pública «en apoyo de la huelga» en un ataque con armas de fuego, pedradas y otras armas contundentes a la Intendencia de la ciudad y al local regional de los partidos comunista y socialista. El jefe de las Fuerzas Armadas de la ciudad, teniente coronel Cristian Ackercknecht, desplegó sus soldados, ¡pero en contra de los atacados!, y allanó el local del partido socialista «en busca de armas». La situación era bastante ridícula porque mientras los soldados del teniente coronel Ackercknecht entraban «a la guerra» en el local del partido socia-

